

EL «ERASMISMO»  
DE LA  
SILVA PALENTINA  
UN «ERASMISMO» EJEMPLAR

---

Discurso de recepción en la  
Institución «Tello Téllez de Meneses»

MANUEL CARRION GUTIÉZ



¿Ha perdido ya vigor la tendencia española a tomar partido entre comprensivos o intransigentes? ¿Hemos logrado el equilibrio —ya que no la caridad— suficiente para no tener que negar el pan y la sal a los de la acera de enfrente? ¿Ha dejado la realidad española en muchos y tan fundamentales aspectos de constar de dos aceras? Apasionada y apasionante, la Historia de España, desde siempre hasta nuestros días —bien recientes tenemos polvaredas levantadas por la obra y figura de determinados intelectuales de nuestro tiempo— ofrece campo suficiente para una comprobación de esta realidad y hasta dan ocasión para volver a apasionarse.

En este contexto racial e histórico no es pequeño el papel jugado por la presencia de un paisano nuestro en una controversia que en el plano de lo intelectual llenó casi la primera mitad de nuestro imperial siglo XVI. Se trata del Arcediano del Alcor. Tentación de curiosidad con su sal y su pimienta, para cualquiera que, además de ser palentino, tenga un mínimum de inquietud intelectual ante una actitud, que desde cualquier ángulo y contando con cualquier resultado habría de parecer aleccionadora, bien por la vía de la ejemplaridad, bien por la del escarmiento en cabeza ajena. Ejemplar también para nuestros días, no menos revueltos, no menos al filo de la necesidad urgente de tomar a veces posiciones espirituales con cierto apresuramiento. Cada tiempo tiene sus problemas y su incertidumbre y los hombres que hemos de vivir enhebrados al hilo de lo cotidiano, sin tiempo para esperar que los años presten contornos adamantinos a tendencias y doctrinas, (porque para entonces ya no seremos protagonistas de pequeña ni grande historia, sino huéspedes de la eternidad) podemos con el ejemplo de los antepasados o escarmentando en su cabeza, hacernos con el bagaje espiritual imprescindible para no equivocarnos demasiado. Este podía ser el valor profundo de una investigación en torno a la postura espiritual de D. Alonso Fernández de Madrid.

La publicación de la “Silva Palentina” y de la traducción del ENQUIRIDION de Erasmo, con su acompañamiento de prólogos y apéndices, obra respectivamente del M. I. Sr. D. Matías Vielva Ramos —benemérito de nuestra provincia— y de don Dámaso Alonso —crítico, adelantado mayor, de nuestras letras—, los estudios consagrados al tema por Marcel Bataillon y la

presencia constante del nombre del arcediano en cualquier estudio que gire en torno a Erasmo o, simplemente en torno al espiritualmente inquieto siglo xvi, hubieran sido suficientes a desanimar al atrevido que intentase hallar algún aspecto nuevo para su estudio. Pero una detenida lectura de estas obras y una simpatía brotada por derechos de paisanaje y cercanía ideológica, era suficientes para hacer brotar un deseo de profundizar en lo individual de una figura tan cercana en sus modos como importante en su tiempo y abrían una brecha por donde penetrase el hierro de la investigación. Se trataba no tanto de decidirse una vez más sobre su "erasmismo" (y ello ha de ser también necesario), —cuando de hallar su contorno preciso, de no dejar desdibujado en el oleaje de una controversia (que por lo demás rodaba por toda la geografía europea) el perfil humano y espiritual —en este caso además, sacerdotal— del Arcediano del Alcor. El tono de velada complicidad que usaban unos por un lado; y, por otro, el de apolo-gética a ultranza o el de disculpa a veces, empleado por los más, no era suficiente para satisfacer a quien quisiera saber lo suficiente para dar con el talante del Arcediano. Y sobre todo faltaba el estudio completo que amén de un análisis detenido de sus traducciones incluyese también el de la "Silva Palentina".

La reciente conmemoración, cuatro veces centenaria, de su muerte que tuvo lugar en 1959, prestó buena ocasión para tentar la aventura. Ante un centenario casi desapercibido, venimos a pagar una deuda de buena memoria; a traer una piedrecita al monumento de su bien ganada fama, a dejar acta de presencia de una figura que no puede morir en una provincia que no anda tan sobrada —aunque tampoco tan escasa, como puede parecer a una mirada apresurada— de nombres por los que engarzar el suyo en la Historia de España y aún en la universal.

Vamos a conocer el talante espiritual, la contextura intelectual de un hombre que se llamaba y era humanista en un siglo y en unos años en que serlo era todavía ocupar puesto de avanzadilla en la vida cultural de España, imperio entonces. Vamos a ver la razón o sinrazón de los eternos defensores celosos de la ortodoxia apostados en las esquinas de toda nuestra historia y de los "espíritus libres". A lo ya escrito vamos a unir un análisis más detallado de sus obras conservadas, poniendo además en la empresa la "comprensión", que pueda darnos nuestra condición clerical y de teólogo.

Hemos de confesar que no nos damos por satisfechos de nuestra empresa. Una visión completa tendría que haber incluido una detenida comparación de los textos del arcediano con los escritores religiosos y ascéticos sobre todo de su tiempo. Rastrear más detenidamente sus lecturas y

repetirlas. Hemos hecho lo que entraba dentro de nuestra posibilidades de tiempo y lugar: confiarnos a la traducción y sobre todo a la comparación entre ella y el original hechas por Dámaso Alonso, sin rehacerla por nuestra cuenta. No nos dispensamos por ello de la lectura de lo que todavía no ha sido directamente utilizado en este estudio y dejamos la puerta abierta para una futura tarea que nos dé la visión definitiva.

Los límites impuestos por la exigencias de un discurso me han obligado a estrechar la perspectiva, escogiendo solamente un punto de vista para nuestro estudio. El presente discurso no es más que un capítulo de un estudio que ha de llevar por título "El perfil espiritual del Arcediano del Alcor". Nos ahorraremos el análisis de su traducción del Enquiridión y limitaremos la pesquisa a lo que la "Silva Palentina" nos ofrezca para solucionar nuestro problema inicial: ¿cuál era la figura espiritual del arcediano? ¿Cuál era su erasmismo? Siendo fragmentaria, tendrá nuestra visión la ventaja de ser más rica en detalles y fijará además la atención sobre una obra que no ha sido tenida en cuenta a la hora de decidirse por una u otra respuesta...



## El «Erasmismo» de la «Silva Palentina»

La verdad es que un examen de la traducción del ENQUIRIDION erasmiano no puede llegar a otra conclusión que a la de la absoluta ortodoxia y buena fe del canónigo palentino. Siendo arriesgada, no podía ser calificada su tarea de audaz, mucho menos una vez conocidos los felices resultados de su adaptación. No podía por tanto prever el uso abusivo que habrían de hacer de ella los círculos alumbrados ni acaso en toda su dimensión, los rayos y truenos que se fraguaban bajo las bóvedas claustrales.

En el proceso de un cierto Miguel Mezquita, un aragonés contra el que todas las acusaciones no tenían otro fundamento que sus lecturas de las traducciones del ENCHIRIDION, COLOQUIOS y glosa del PATER, la defensa del aragonés apelando a la carta imperial que garantizaba la ortodoxia del ENCHIRIDION y confesando que “los he tenido por muy buenos y me pesaba que fuese erege ni por tal tenido”, era sin duda alguna incontestable, (1).

La polémica se encendía, sin embargo, y el arcediano tenía que ocupar un puesto de batalla en la lucha antierasmista. Los acontecimientos parecían colocar su suerte con la que corriese el nombre del antiguo monje de Steyn. Cuando la atmósfera cambie en 1530 y la muerte y la represión rompan el grupo erasmista, don Alonso ocupaba en él un puesto importante. ¿Por méritos propios? No podemos negar lo que puede haber de accidental o casual en su importancia a costa de las visitas de Manrique a Calabazanos, donde seguramente conoció a su secretario Coronel o a costa de la peste que obligaba a establecerse en Palencia, precisamente en su casa o en los alrededores, a la plana mayor del Erasmismo en 1527.

Pero no todo era casual en su encuentro con Erasmo, ni mucho menos. Por el camino de las letras y por el anhelo de renovación de la vida cristiana se habían encontrado ya y se mantendría constante el encuentro. Para

(1) BATAILLÓN M. *Erasme et L'Espagne*. París, 1937, p. 524, nota 3).

ello estaban de acuerdo en la necesidad de difundir la lectura directa de la Sagrada Escritura, en la crítica a un amplio sector de los frailes y en la repulsa ante ciertas formas degeneradas o vacías de la devoción popular. Pero había también —en estos mismo puntos— diferencias que puede ser calificadas de fundamentales. Por un lado el cultivo de la filología no llevaba al arcediano a menospreciar el cultivo de la teología especulativa. Y la renovación por él propugnada, siendo valiente, evitaba todo radicalismo, cuidando de no aventar el grano con la paja; la “filosofía christiana”, de Erasmo, equilibrio inestable de humanismo y de antropología evangélica, paulina sobre todo, se hacía, en manos del arcediano, con mucha mayor claridad, exigencia de vida cristiana, de santidad sin más. El intento del arcediano se parecía más a obra de apostolado que a intento de renovación intelectual. Y bastaría para entenderlo el que mientras Erasmo escribía para minorías, deleitándose en el trato y uso en sus obras de personajes alquitarrados y modélicos, cediendo también a veces al demonio de la selección; el arcediano se dirigía, apasionadamente (basta una lectura de su traducción), cordialísimamente, al pueblo.

Ante el vigor que cobra el antierasmismo a partir de 1530 resulta interesante en extremo preguntarse qué fue del “erasmismo” de don Alonso. ¿Vióse obligado, como Maldonado a cantar la palinodia, a alejarse prudentemente, como tantos otros, de la Península o a visitar las cárceles de la Inquisición? La reacción antierasmista, cuando logró imponerse —y fue ayudada en esto por los excesos de los alumbrados y por las noticias alarmantes de los efectos de la Reforma— no fue tanto cruel, como organizada, dice Bataillon. Lo suficiente para que Vives hallase ya necesario desear a Erasmo “una vejez tranquila”. Bataillon insiste en el misonicismo, la ignorancia, el sentido conservador de los frailes y del pueblo (2). Pero no parece que le pueblo se encontrarse en disposiciones adversas frente a las ideas nuevas, ni aun que ésta fuera la postura mental de todos los frailes, puesto que el mismo arcediano escribe en su carta a Erasmo: “que ya no hay libro más universalmente manoseado. En la corte del Emperador, en las ciudades, en las iglesias, en los conventos, hasta en las posadas y en los caminos, apenas hay quien no tenga la Enchiridión de Erasmo en español”. La rapidez con que cuñió el movimiento de los alumbrados y su renacer veinticinco años después prueban que no eran reacios los ambientes a vientos de nueva espiritualidad. Es indudable que no hubiera propeperado oficialmente la represión de no haber estado por medio la Reforma y la necesidad de situarse entonces con claridad a uno u otro lado de la empalizada, cuando las pos-

---

(2) *Erasmé...* p. 530.



turas atrevidas o simplemente medias no eran ya fructuosas ni oportunas.

Cuando muera el arcediano, habrán desaparecido ya de la escena los más grandes erasmistas españoles. No más que reflejos puede pretenderse hallar en Cervantes o en LOS HOMBRES DE CRISTO... En la España ya no imperial, andando el tiempo y a los aires de la Contrarreforma terminará por brotar un nuevo humanismo cristiano que arraigará con fuerza. Calderón de la Barca hará un día triunfar a la tan traída y llevada escolástica por carros y tabladillos. Y cuando nuestros hombres quieran adentrarse por la corriente de la antigüedad, antes que remonarse a divinizar a Platón preferirán asentarse en el estoicismo y en el cristianismo apócrifo de Séneca. Y el tratado será entonces el sustituto del diálogo, como forma literaria.

¿Cuál había sido entretanto la reacción ideológica de don Alonso? ¿Se sometió silenciosamente a la Jerarquía cultivando en su corazón un escondido culto por lo prohibido? ¿Tuvo necesidad de colgar la pluma y de replegarse sobre sí mismo, más o menos resentido, cultivando solamente la cultura de mentidero y de tertulia? ¿Cambió el sesgo de la vida interior de una vejez que fue larga y noblemente provechosa? Hemos de acercarnos a la SILVA para responder. Alarde de paciente curiosidad, fruto indudable de horas largas y reposadas. Obra de cultura también. Rincón de historia y cajón de variedades. La obra aparece desde su introducción como obra bien situada en su tiempo, obra de humanista. El modo de composición de la SILVA "no es —escribe Bataillon— (3) específicamente erasmista, pero está estrechamente relacionado con las tendencias por las que los erasmistas han contribuido a una renovación de la literatura en lengua vulgar. Cuidadosos de poner en todas las manos libros verdaderos, han coleccionado con amor todas las migajillas de verdad las más heteróclitas y de más desigual calidad", Frente a los libros de imaginación —contra los cuales nadie había clamado más vivamente que Vives— se oponía una ofensiva de libros amenos también, pero instructivos. En este campo el arcediano contribuía también a los buenos fines del humanismo más o menos erasmista. Hasta donde pueda aquí extenderse la denominación, seguía siendo "erasmista".

Sonrisa y buen humor casi siempre, sólo rotos cuando se trata de criticar las costumbres de loslesiásticos. No podemos decir que estuviese arrepentido de haber llegado hasta donde se encontraba en el campo de las ideas ni que el pulso le temblara más que antaño. El erasmismo del arcediano, en cuanto existió, estuvo presente hasta el final. Es una prueba más bien de fidelidad a sí mismo que de fidelidad a Erasmo.

No se trata de un libro imprudente. Si el nombre del Dr. Constantino

(3) *Erasmé...* p. 678..

aparcerá tachado de su lista de "theólogos vivos" importantes en España, no lo sería por su mano ciertamente (4). No faltándole jamás el sentido crítico, se cuidará muy bien de caer en el criticismo y hará desaparecer de ordinario toda reticencia y escepticismo cuando se trate de referencias a hechos milagrosos, sobre todo en relación con las vidas de santos. No faltará su alabanza sincera y sin ambages a la Compañía de Jesús naciente (5). Curiosidad científica alerta al hecho que cerca o lejos merezca ser reseñado, bien se trate de una niña monstruosa nacida en Palencia (6), o del aprovechamiento del río para riegos en la provincia (7) o de las erupciones de Pozzuoli, junto a Nápoles, del 28 de septiembre de 1538 (8). Permítasenos considerarle como un adelantado del P. Feijóo en el siglo xvi.

El crédito y socarronería que le merecen las leyendas y consejas populares puede verse en este ejemplo, por el que cruza el nombre de un personaje que parece arrancado del *Viaje de Turquía* o de alguna de las obras de Quededo: "En estos tiempos, siendo emperador Conrado III, en el año del Señor de 1139, murió en Francia un hombre llamado Joan de los tiempos. el cual afirman todos los autores de aquel tiempo hauía vivido 361 años, cosa es dura de creer, ni yo lo escribiera, si en tantos autores no la hallara, sospecho que sea éste el que vulgarmente suelen llamar Joan de voto a Dios, de quien dicen las viejas que cuando envexecía se iba a la fuente Jornada y tornaba moço" (9).

Y he aquí su juicio a propósito de la escudilla de Esmeralda en que se dize que Nuestro Señor celebró la Última Cena: "de cuya conquista tantas mentiras se han escrito; mas cuanta fe se deba dar a aquélla, juzguenlo los que algo saben" (10).

Alarde de humorista es, con toda evidencia, su "Deliberatio inter concordiam et patientiam" sobre un tema bien delicado y de perenne actualidad por cierto, como es la de la postura a adoptar por la Iglesia ante la autoridad imperial (11). Pero sobre todo, la admiración que la "Silva" sigue transpirando por su antiguo aliado y amigo. Volverá a recordarlo a propósito de la muerte de Budé, de la que se hace eco llamándole "el más docto hombre en letras de humanidad y en las lenguas latina y Griega, que ouo

(4) Cfr. *Silva...* II, p. 310.

(5) *Silva...* II, 213.

(6) *Silva...* II, 210.

(7) *Silva...* II, 273.

(8) *Silva...* II, 211 s.

(9) *Silva* I, p. 190.

(10) *Silva* I, p. 196.

(11) *Silva*, II, p. 233 s.

en su tiempo, puesto que entre él y Erasmo no se puede bien averiguar la ventaja" (12).

Pero ya antes había sido la muerte del mismo Erasmo la que le había dado ocasión de volver a encontrarse con el de Rotterdam. Y no precisamente para renegar de una vieja amistad, sino para dejarnos un retrato de él sereno y verdadero; afectuoso y admirativo; también, hay que decirlo, lleno de melancolía por los años corridos y por la muerte que venía a poner punto final a una de las vidas que más hayan estado en la encrucijada de la cultura europea. Vale la pena leer estas páginas del arcediano que Erasmo habría agradecido sin duda alguna, ya no desdeñoso, sino rendido a esta prueba de fidelidad a lo mejor suyo. Vale la pena repasar este catálogo de méritos, de alabanza sin envidia y desapasionada; vale la pena hacerse cargo de esa alusión al hecho de que "*le recrecieron muchas controversias y cuestiones de otras personas doctas, que a veces con buen celo y a veces, según se decía, con alguna pasión, le molestaron con sus invectivas y criminationes, mordiéndole reciamente, y aun queriendo dar a entender que no sentía bien de algunas cosas aprobadas por la Iglesia*". A muchos años de distancia, el arcediano tomaba el pulso a una controversia de las que no sentía temor, ni siquiera vergüenza alguna: "*Quién haya tenido más razón, déxolo a determinación de la Iglesia y de quien mejor lo sabe: una cosa sé, que por sus escrituras fue estimado y conocido en la mayor parte de la christiandad... y en todas partes tuvo defensores que le favorecieron y también émulos, que le contradecían, tanto que un tiempo no se hablaba en otra cosa sino en cuáles eran erasmistas, conviene a saber amigos o enemigos de Erasmo (qué exacta definición de lo que entonces se entendía por "erasmista"), y aún acá en España hubo sobre esto no pocas disputas y ayuntamientos y escritos de personas religiosas que le fueron muy contrarias, porque a la verdad, él se hubo en sus obras y escrituras algo más libre y ásperamente que los tiempos entonces pedían: en fin él pasó su carrera, como lo han hecho otros muchos claros varones en todas las facultades, a los cuales nunca faltaron estorbos ni estropiezos, ahora por culpa agena, ahora por descuydo suyo*" (13). Vale la pena detenerse en ese último testimonio de adhesión a una vida coronada con el edificante testamento de quien si "vivió y murió harto pobre", aún pudo dejar para dote de doncellas pobres, becas de estudiantes necesitados y auxilio de ancianos enfermos y que no se pudieran valer, los restos de sus menguados bienes,

(12) *Silva* II, 232.

(13) *Silva*, II, págs. 197-198.

Es un trozo de prosa limpia y emocionada, donde se retrata el haz y el envés del alma del palentino; o mejor, la tersa superficie de un corazón que nunca tuvo envés.

Pero no podemos detenernos. Hay un punto en que la "Silva" vuelve a denunciar al hombre inquieto de antaño. Es el de la crítica de costumbres de los que debieran ser espejo de ellas. Incorregible en este punto tomó aquí ocasión de volver a la carga. No nos referimos precisamente a sus maliciosas alusiones a la superstición, aun del Papa Pablo III, que era "algo agorero, como lo son comunmente los romanos" (14) hechas con motivo de una tormenta que con sendos rayos dañó las torres de San Pedro y San Juan de Letrán arrancando además en esta última un "escudo de armas del Papa", suceso que encuentra plenamente normal y nada sobrenatural el arcediano. No aludimos a la malicia no menos sabrosa con que nos cuenta lo sucedido al dominico Fray Gracia de Loaysa —viejo conocido de los campos de batalla, porque se trataba de un antierasmista ferviente— y cardinal entonces arzobispo de Sevilla, que pasando unos días en Madrid se libró a duras penas de un incendio que levantándose en la casa en que se hospedaba dió al arcediano ocasión de escribir este comentario desenfadado: "*Son éstos juizios de Dios que sabe porqué lo hace, puesto que los hombres cada uno como se le antoja lo quieren juzgar, unos a culpa del edificador, otros a la del morador; y pudo bien ser que el juego hizo su oficio sin estos rrespetos que los hombres ymaginan*" (15). Ni siquiera apuntamos a aquel otro suceso que tiene otra vez como protagonista un rayo que, caído en Roma en tiempos de León X, no hizo otro daño que reducir a polvo el Niño que sostenía una imagen de Nuestra Señora. Con motivo de lo cual, la malicia popular excitó a musa no menos maliciosa, pero ciertamente más culta, para que compusiera unos versicos latinos, que nuestro paisano; socarronamente dice aducir no más que por la gracia que encierran:

"Me dudum Iscarioth, os Cristi fulgurati loquitur;

Me Borgia venditit; Instat nunc Medicis; Scando sidera; Roma, vale (16).

La crítica que aquí circulaba por los de la ironía, procedería otras veces por los caminos de la indignación. El ideal de una Iglesia más digna de Cristo, intentado por cada uno según su propio temperamento, era ciertamente un aglutinante de los erasmistas. Juan de Maldonado ha

(14) *Silva*, II, 203.

(15) *Silva*, II, 239.

(16) *Silva*, II, 70.

dejado el duro aguafuerte de su PASTOR BONUS. Las obras de otros erasmistas presentes en cualquier manual de literatura (tales los Valdés o los cultivadores del teatro renacentista), son bien conocidas. Las lacras del alto y bajo clero —sobre todo del alto y de la misma Curia Romana ante todo— son puestas bien al vivo, junto con las no menores de los medicantes. El arcediano no dejará de acudir a esta cita, pero lo hará con una piedad que contrasta con la dudosa buena fe de Maldonado y ello le librará de la necesidad de cantar palinodia alguna, como hubo de hacer el burgalés.

Nada blando se muestra al enjuiciar, con motivo de su muerte, la figura de Clemente VII. No le venían a las mientes más que el desacierto y falta de desinterés de su gobierno y los epitafios e inscripciones que habían aparecido a su muerte, dictados por la inagotable minerva romana, tales como "Clementem eripuit nobis Clementia Dei" (17). Ni se detenía ante el nepotismo de Paulo III, vivo mientras escribía el arcediano. Después de aducir la práctica seguida —según testimonio de Plinio— en la isla Trabona de no hacer rey a varón con hijos o despojarle del cargo en cuanto les tuviera, añade: "*pues cuanto más se deuerá husar de tal costumbre en el reyno eclesiástico, júzguenlo los que han visto y leydo los inconvenientes que desto se han seguido en la Iglesia de Dios que no fueron pequeños en vida del Papa Alejandro VI y otros semjaentes y no menores en tiempos deste, el qual, quando otro mal no hiziera, basta que dexando a muchas personas honestas y sabias sin beneficios. cargó dellos en abundancia a sus nietos*" (18).

Era ésta la entereza y valentía de quien se enfrentaba también con los abusos de la iglesia española. Se trata del mismo que no tenía inconveniente en incluir a los PERLADOS, al lado de los mendicantes, en un pasaje de la traducción del ENCHIRIDION en el que Erasmo precisamente no los había incluido (19). Permitásenos esta pregunta: ¿Era casualidad que el mismo que se había dedicado a la renovación del espíritu popular con sus traducciones, se mostrase aquí decidido partidario y defensor del bajo clero?

La crítica iba a emprenderla haciendo resaltar la sombra junto a la luz en su VIDA DE FRAY HERNANDO DE TALAVERA, PRIMER ARZOBISPO DE GRANADA, escrita ciertamente cuando ya estaba en su apo-

(17) *Silva*, II, 160.

(18) *Silva*, II, 168.

(19) Edición del Enchiridion... p. 204-205. Regla II, med.

geo la represión erasmista e incluida hoy en la "Silva" (20). La noble y evangélica figura de Talavera, que acaso no era una figura ideal según la filosofía cristiana de Erasmo, atraía de seguro al de Palencia desde su juventud. Apóstol, modelo de pastores y asceta, protector y maestro de la juventud, era un santo de la devoción del arcediano y le daba ocasión para ocuparse de los abusos con los que se había visto obligado a enfrentarse Fr. Hernando, abusos cuya presencia había sido y seguía siendo un hecho en la iglesia española. Nos bastarían para probarlo los lamentos del arcediano. No faltan puntos de contacto con Alfonso de Valdés y Maldonado, y algunos de sus lamentaciones, son tan amargas, si no tan ásperas, como las del PASTOR BONUS del último.

Y he aquí cómo el modo que tenía de pasar su visita pastoral Fray Hernando, procurando no ser gravoso, sino generosamente socorriendo a las iglesias visitadas, le deparaba el comentario: *"No sería inconveniente que algunos perlados proveyesen en sus obispados algo desto, si no en todo al menos en parte, porque yo ya he visto hacerse tan excesivos gastos en las visitaciones, que gastada la hacienda de la iglesia, quedaban empeñados los cálices por más de un día, y aun llevarse los misales en prenda por los derechos de la visitación, sin dexar hecho otro provecho espiritual ni temporal, sino haber comido tres o cuatro días espléndidamente a costa de la iglesia y dexar por otro cabo tendidos mil lazos y redes, demandas y amenazas, en que se hallan caídos a los pobres clérigos cuando tornan a recoger lo que primero (21) trayeron: no lo puedo dezir yo más honesto, ni ellos hacerlo más feo"*. La indignación es tan manifiesta y tan dura, que no necesita comentario, bien que no alcancemos plenamente a entender de qué "lazos y redes", se trata precisamente, si no nos diera alguna luz el texto que hemos de citar más abajo. Se trata de palabras escritas bajo el epígrafe DE LOS OFICIOS PONTIFICALES, a petición de un obispo a quien creía hacer buen servicio con su escrito. La garra del traductor de Erasmo está aquí viva; más viva y palpitante que nunca y más doliente también. Pero nunca tanto como cuando tiene que enfrentarse con los abusos en la administración de la justicia por parte de algunos tribuanles eclesiásticos:

*"Osoré dezir que hay muchos que, la cosa que de suyo podría ser buena por su codicia y inhumanidad la pervierten en daño y destrucción de las famas, honras y haciendas de aquellos cuyos efectos (defectos?), al menos por*

(20) Fue escrita entre 1530-1536, puesto que lo fue a petición de don Luis Núñez Cabeza de Vaca cuando aun era obispo de Salamanca y antes de abandonar aquella sede para trasladarse a la de Palencia en 1536. Cfr. otros detalles en Erasme... p. 366, nota 1).

(21) *Silva...* II, p. 24.

*caridad christiana y honor del estado eclesiástico, se debían encubrir, y lo que peor es, que algunos de estos oficiales son tan celosos de la honestidad agena, que, no se contentan con castigar y publicar lo que saben, andan investigando y pesquisando lo que no saben, y en cada lugar y en cada aldea, tienen un sustituto de su mano, y muchas veces lego y de mal vivir, que tiene cargo de decirles y avisarles de cuantas palabras los clérigos dicen, y aún de cuantos pasos andan, y de cada cosilla se hace una calumnia, de que al pobre le convenga (sobrevenga) venir a la cárcel, donde, en poder del notario, del procurador y del fiscal, dexa en una vez, lo que sirviendo su iglesia pudo ganar en un año, y de este tan caritativo despojo lleva una buena parte el acusador, porque nunca falte quien acuse” (22).*

No necesitaba alardear de valeroso quien se contentaba con serlo, ni necesitaba la barca de Caronte para ajustar abusos de pasajeros de alto bordo. Sabía don Alonso Fernández mantener audiencia con el lucero del alba. Y hemos de confesar que si sus alusiones no podían ponerse al lado de las que Alfonso de Valdés llama “deshonestas injurias de Lutero”, sí estaban perfectamente en la línea de las que el mismo Valdés apellida —y acaso nadie en España más autorizado para hablar de él— “las honestas reprensiones de Erasmo”. (23).

---

(22) *Silva...* II, p. 25.

(23) *Diálogo de Lactancio y del Arcediano*.





## UN «ERASMISMO» EJEMPLAR

¿Habían sido en verdad “honestas”, las reprensiones de Erasmo? Aca-so ni él mismo, viajero perpetuo por los caminos de la Europa crítica que se asomaba a la convulsión espiritual de la Reforma y de la Contrarreforma, viajero interior de los caminos de su propia crisis espiritual, como lo había sido nula, también, más que ninguno en su tiempo, a través de códices grie-gos y latinos. Los años pasados en Basilea de 1521 a 1529, definitivos para fi-jar su perfil ideológico, fueron los de más intensa actividad, más del publicista religioso que del humanista, pero también los más intensamente dedicados a defenderse de los ataques de sus adversarios cada vez más crecidos en núme-ro y osadía, y sobre todo en poder (1). Porque Erasmo se encontraba entre dos fuegos. Nicolás Bachem, los españoles Sánchez Carranza y sobre todo Zúñiga, la Sorbona y su terrible síndico Noël Beda por un lado. Y por el otro Hutten y Lutero. Esta paradójica falta de paz con unos y con otros, su ruptura clara con Lutero y sus secuaces que le obligó a dejar Basilea el 13 de Abril de 1529 (después de casi ocho años de permanencia) y el hecho de que andando el tiempo su lenguaje se torne más moderado que en los menos peligrosos años anteriores, dan bastante luz para decidirse acerca de la “ho-nestidad” de su crítica y para que podamos entender estas palabras del de Rotterdam, precisamente a propósito del Enriquiridión y estableciendo su di-fícil equilibrio entre conservadurismo reprochable y libertarismo luterano: *“Yo he enseñado a veces en mis libros la libertad de espíritu. Lo he hecho con toda sinceridad, porque nada esperaba más que la llegada de esta nueva generación. Anhelaba que disminuyera el papel de las ceremonias en favor de la piedad verdadera. Pero se las rechaza tan brutalmente, que en lugar de la libertad de espíritu se ha instituido una libertad carnal, sin freno algu-*

(1) L. BOUYER. *Autour D'Erasme*. París, edit. du Cerf. 1955 que en págs. 97-102 hace alusión a la enumeración hecha por Renaudet. Crítica de los estudios de este especialista de la crítica erasmiana es el libro de Bouyer.

no" (2). En modo alguno podemos darle por inocente de este modo de rechazar "brutalmente" las ceremonias, adoptado por los protestantes. No podía lavarse tranquilamente las manos quien defendiendo una "filosofía cristiana" (que era una ética humanista corregida y aumentada por el evangelio, pero no estrictamente vivificada por él), y huyendo del bizantinismo escolástico terminaba aborreciendo la metafísica y por el camino del "arcaísmo", de la vuelta a las fuentes del Cristianismo, corría el peligro de dárnosle vacío de contenido dogmático o por lo menos cargado de un contenido bien difuso. No ha sido Erasmo quién para lograr la síntesis entre Humanismo y Cristianismo ya que había sido intentada por Nicolás de Cusa o Victorino de Feltre (en la filosofía y pedagogía respectivamente), o por los más cercanos a Erasmo, Pico della Mirándola o Colet. Como no la lograría Montaigne, ni mucho menos —ya por el camino de la renuncia a la empresa— Rabelais.

Pero en todo caso "en cuanto Erasmo ha tocado la teología, su ortodoxia, no solamente de intención, sino de hecho, no puede ser puesta en duda seriamente" (3). Y es indudable que la afirmación ha de ser extendida a los fundamentos de la vida cristiana, puesto que en base teológica tiene ésta que estar asentada. Pero sí puede ser puesta en tela de juicio, y bien seriamente por cierto, la oportunidad psicológica de su empresa en muchos puntos. Por eso la contradicción puede volver a parecer entre sus seguidores, como aparecía entre sus enemigos. Caben entre ellos —sin pretender establecer comparación alguna más que respecto a su pertenencia al erasmismo— nuestro arcediano, al lado de un santo y mártir, precisamente, de la unidad cristiana: Tomás Moro, el "miles christianus" del ENCHIRIDION, el joven de la PIETAS PUERILIS en los COLOQUIOS, el amo de la casa en el CONVIVUM RELIGIOSUM, la síntesis lograda —pero por los caminos extraordinarios del martirio— de humanismo y cristianismo. Pero, frutos de su acritud y sentido crítico demasiado despierto, pueden nacer discípulos como Luis de Berquín o Hutten.

Como respecto a otros muchos, podemos atenernos respecto a Erasmo al juicio de Menéndez Pelayo El erasmismo "no fue mera lucha del Renacimiento contra la Escolástica... No fue tampoco... un movimiento puramente teológico... No fue... una tentativa de resurrección del mundo clásico... No fue una escuela de librepensamiento en la acepción vulgar de la palabra, puesto que el alma de Erasmo era sinceramente cristiana, y si en

(2) Bouyer lo cita en p. 119.

(3) BOUYER, p. 17, fundándose en el juicio de crítico tan poco sospechoso como el card. Gasquet, quien en su obra *The eve of the reformation* dedica un capítulo a Erasmo.

algo pudo errar por intemperancia de expresión, por celo amargo o por falta de sobriedad y precisión en el lenguaje, vivió y murió dentro de la comunión de la Iglesia... No fue una secta fanática y estrecha, sino un despertar de la conciencia religiosa harto aletargada en la espantosa corrupción del siglo xv. La FILANTROPIA CHRISTIANA de Erasmo y Luis Vives era lo más contrario que haber podía al espíritu cerrado e intransigente de los luteranos, aunque en la confusión de los primeros momentos de lucha fuesen tenidos por sospechosos de complicidad con ellos los que con audacia, a veces excesiva, y con mordaz desenfado, denunciaban abusos, prevaricaciones y corruptelas de la Curia o del monacato, que acervamente deploraron los más graves y severos varones de aquella época... Ninguno de los grandes erasmistas, con excepción acaso de Juan de Valdés, llegó a ser protestante" (4).

Siendo un padre indiscutible del espíritu moderno, no se le puede tachar a Erasmo de "modernista" —como intenta Renaudet—, ni su vida interior tuvo nada que ver con una especie de protestantismo liberal en que a veces se le pretende situar, ni deja de ofrecer defensas para librarse de la tentación de hacerle decir cada autor lo que él piensa y quiere que diga.

Hemos de confesar que en este sentido nuestro arcediano puede ser tenido por erasmista. Más erasmista que Erasmo a veces, traduciendo obras —bien que suficientemente tamizadas— que el de Rotterdam no había escrito para ser traducidas. Pero no un erasmista de los que hacen camino por su cuenta a partir del sendero desbrozado por el maestro como camino hacia la libertad, sino de los que se atienen estrictamente a su huella y hasta colaboran en la tarea de hacer el sendero camino real, limpiándole de piedras aristadas y espinosos arbustos que el mismo Erasmo iba dejando en él más o menos inadvertidamente por temperamento, por juegos de un inconsciente resentido, por acrimonia justificada por la de sus adversarios y —¡quién había de decirlo!— seguramente por influjo a veces del humor de Moro (5). En tiempos en que era bien difícil dejar de ser anticrasmita o no ceder al culto incondicional de Erasmo, don Alonso Fernández supo librarse de lo uno y de lo otro. Y, sin dejar jamás de ser "amigo de Erasmo"— que tal era la definición exacta de "erasmista", para él— la alabanza que le hemos visto escribir con motivo de su muerte, contiene ya las conclusiones a que iba a llegar la crítica desapasionada de cuatro siglos: "*porque a la verdad, él se hubo en sus obras y escrituras algo más libre y*

(4) M. PELAYO M. *Contestación al discurso de entrada de D. A. Bonilla y San Martín en la R. A. de la Historia*. Edic. CSIC t. XLIII, 380-381.

(5) BOUYER O. C. p. 88 sigts. donde justifica en parte por este influjo del humor inglés la obra erasmiana «*Encomium Moriae*».

*ásperamente que los tiempos entonces pedían: en fin él pasó su carrera como lo han hecho otros muchos claros varones en todas facultades, a los cuales nunca faltaron estorbos ni estropiezos, ahora por culpa agena, ahora por descuido suyo”.*

Por la culpa del mismo Erasmo y por culpa tanto de amigos indiscretos como de enemigos poco movidos por el amor a la verdad, se había levantado la tormenta antierasmista en España, que el arcediano podía recordar sin remordimientos ni errores. No quedaba de ella en su memoria más que un remolino perdiéndose a lo largo de un sendero. Si el arcediano había sido buen erasmista divulgando a Erasmo —en quien en el fondo había encontrado predicador de muchas de sus mismas ideas—, lo había sido mejor reduciendo la desmesura del flamenco a moderación castellana.

Sólo en este sentido puede decirse estrictamente que la bella prosa puesta por el arcediano en colaboración con el latín nervioso del autor del ENQUIRIDION no traicionó ni sacrificó nada de éste. Porque limar la obra de asperezas y salidas de tono, desvirtuar reticencias y frases despectivas, suprimir artemimientos y aclarar ambigüedades, más que traición era ciertamente superación y mejora; pero no era en modo alguno realizar trabajo de puro blanqueo en la obra erasmiana, en un tiempo en que precisamente lo encubierto por este trabajo era lo más peligroso y lo que daba pie a la desviaciones de algunos de sus discípulos fuera de España. Convertir en fin lo que podía haber sido en manos del pueblo carga explosiva en elemento de edificación, era el más alto servicio que pudiera prestar a Erasmo un erasmista.

No se trataba de servir a Erasmo, sino de aprovechar a Erasmo para servicio de la Iglesia. Era el mismo camino seguido cuando en su carta a Erasmo le rogaba que modificase su EXOMOLOGESIS en sentido más favorable a la confesión auricular, “de modo que el libro diese tanta satisfacción a los indoctos y malévolos como a los doctos y buenos”. Unas gotas de socarrona sabiduría, de realismo cordial y de auténtica piedad lubricaban la fría sutileza intelectualista y erudita que usaba Erasmo tan a menudo.

Tiene razón Dámaso Alonso para decir que tanto la opinión de Menéndez Pelayo como la de Bonilla y San Martín “son en parte verdaderas y en parte equivocadas”, inexactas por lo tanto. Menéndez Pelayo exagera —sobre todo en lo que se refiere a la segunda parte de la afirmación— afirmando que el “arcediano templó todas las frases sospechosas y las dejó en sentido católico” (indudable, se entiende) y “moderó algún tanto los pasajes donde se trata de las costumbres de los eclesiásticos” (6). Bonilla y San

---

(6) *Historia de los Heterodoxos españoles*. Madrid, 1928, IV, p. 45.

Martín, por el extremo opuesto, cuando escribe que el traductor castellano "interpreta fielmente el original latino. No se detiene ni ante los párrafos más escabrosos, que dieron lugar a las más acerbas censuras contra Erasmo" (7).

Ni uno ni otro tienen razón. No se cuidó siempre de moderar la crítica de eclesiásticos quien añadía por su cuenta en el ENCHIRIDION una afirmación tan rotunda que no se encuentra como ella en el ENCHIRIDION original: "*Pero como no hay cosa más olvidada (que la doctrina del Cuerpo Místico), así desde la planta del pie, hasta encima de la cabeza, como dice el profeta (Is. 1, 6), no vemos que haya cosa sana en la yglesia y unipersidad christiana*" (8). Lo mismo habría que decir de quien juzga necesario incluso a los "perlados" en pasaje en que Erasmo sólo se refiere a los frailes. Y el quiebro de agudeza con que desvirtúa el "MONACHATUS NON EST PIETAS" bastaría para quitar la razón a Bonilla y San Martín.

Mas tampoco, por ello mismo, aciertan Dámaso Alonso o Bataillón insinuando como fuente de sus audacias o de sus correcciones, respectivamente, la devoción por Erasmo o el miedo propio de quien estaba al tanto de la tormenta que iban a levantar los frailes. Mucho menos la idea de que el arcediano haya dejado de ser erasmista después de la represión, hasta donde lo había sido en tiempos anteriores. El "erasmismo", del arcediano, tenía sin duda alguna raíces más profundas que los libros de Erasmo o su común formación humanística. Venía corriendo desde su convivencia con la evangélica figura de Fr. Hernando de Talavera y era una viva necesidad sentida en lo íntimo de revitalizar la devoción popular, desacreditando a los causantes de formas corrompidas o rutinarias de devoción y de dar eficacia apostólica a muchas estructuras de la Iglesia estancadas o relajadas. ¡Ah! Y una pasión bien confesada por los más humildes del clero y del pueblo. Ni en el plano dogmático, ni en el litúrgico o disciplinar, ni siquiera en el de la pura metodología teológica deseaba grandes cambios. No era eso lo que perseguía directamente. Pero en la empresa a que dedicó sus esfuerzos no podemos tacharle de haberse mostrado nunca menos esforzado o pusilánime, miedoso o procurando esquivar la responsabilidad, y no dejaron los acontecimientos de poner en claro que era peligroso acometerla. Su "erasmismo", era mucho más que un ardor de juventud, mucho más que una lanza rota por seguir la moda, mucho más que el signo de una pasajera crisis espiritual. Reducir los elementos de juicio (necesarios para responder a la pregunta planteada en este estudio), a los que pueden prestarnos sus

(7) Erasmo en España, p. 45.

(8) *Enchiridion...* (traducción), p. 330, regl. VI ap.

traducciones de Erasmo y los sucesos relacionados con ellas, hubiera sido cerrarnos voluntariamente un portillo por el que nos llegan claridades apreciables. Ello nos llevaría, en el fondo, a considerar al Arcediano dentro de un papanatismo ferviente por el antiguo monje agustino; a ligar demasiado con Erasmo un "erasmismo" que, en lo substancial, no dependió en sus comienzos ni en su terminación de la suerte corrida en España por el nombre y las obras del Rottedam. Cuando todas las tormentas estaban ya fraguadas, le hemos visto poner el dedo, tembloroso de ira —que no de miedo— en la llaga de las corruptelas eclesiásticas a través de la SILVA o de su VIDA DE FRAY HERNÁNDO DE TALAVERA.

Ni desviado ni arrepentido. Erasmista de un erasmismo ejemplar y altamente meritorio. Alonso Fernández de Madrid, Arcediano del Alcor, tenía perfecto derecho a solazarse bien libre de toda inculpación una tarde del 24 de septiembre de 1534 (9) como espectador de un festival deportivo. (Y eran años ya en que el nombre y el culto de Erasmo había dado con muchos en las cárceles de la Inquisición o en el destierro voluntario) porque si se había visto envuelto en la polémica había sido por obra de la fama tumultuosa de Erasmo, de la predisposición de los círculos de "espirituales", a abusar de las obras y del apasionamiento de los frailes que no se detuvieron demasiado a la hora de advertir matices o averiguar intenciones. Tiene perfecto derecho este miembro y compañero de cabildo de aquellos a los que Diego Hernández llamaba en su proceso "finos lutheranos endiosados" (10) a nuestro respeto. Porque todo su erasmismo se reduce a muestra de sensibilidad ante las necesidades espirituales de su tiempo, a prueba de curiosidad intelectual y oído alerta, a señal de buen sentido humano y apostólico y de salud de espíritu y, al mismo tiempo, a fidelidad inquebrantable a lo que él creyó más sano de un nombre y de una obra. Por eso, como sacerdote y como hombre de esta tierra nos honra esta figura, cuyo cuerpo, rendido por ochenta y cinco años de camino, espera desde un día de agosto de 1559 en la capilla de San Ildefonso de nuestra primera Iglesia diocesana, ver cortado su sueño por la llamada del ángel.

He dicho.

Palencia y febrero de 1961.

(9) A la que alude D. Felipe Ruiz Martín en su artículo «*Jornadas del Emperador Carlos V en Palencia*», en Publicaciones del Instituto «Tello Téllez de Meneses, Palencia.

(10) «Endiosados» —según Bataillón— tenía entonces y en este caso la significación de simpatizante o perteneciente a la secta de los "alumbrados" o "espirituales".